

APLICACIONES.

LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Continuemos siempre nuestras lecciones con el mismo espíritu. Sea cualquiera la suerte que me esté reservada en este flujo y reflujo continuo de ideas y de hechos, ora enmudezca para siempre, ora en otros sitios y desde otras más altas tribunas defienda las ideas á que he consagrado mi corazón sin odio, y una inteligencia sin dobleces: no olvideis nunca, señores, que en todos mis discursos he procurado inspiraros el culto á la libertad, sin la cual no es la vida humana; el culto á la virtud, sin la cual no es la libertad fecunda, y el culto á Dios, sin el cual ni la libertad ni la virtud resplandecen: que libertad, virtud y Dios son la trinidad misteriosa, que corona como con una diadema de fuego las sienas de nuestra alma. Veo con dolor, con un dolor amarguísimo, profundísimo, lo poco que hemos adelantado; veo la misma duda reinando en las inteligencias, el mismo abatimiento en los corazones; nieblas sobre la conciencia, y cadenas sobre la voluntad; las nacionalidades todavía mutiladas, y ahogadas en lagos de sangre; el derecho todavía velado con espesas sombras; los pueblos, después de tantos años de revoluciones, aún esclavos; y los espíritus esos que como los buhos solo se gozan en revolotear por las tinieblas, todavía

queriendo que la muerte reine sobre la vida, como si la resurrección de la podredumbre de los sepulcros pudiera ser obra de los hombres; como si en los esqueletos palpitará un corazón y ardiera la lumbre de las ideas; como si el cadáver de Cleopatra fuese capaz de inspirar amores, ni de conquistar un mundo las cenizas de Alejandro, ni resucitar el terror antiguo la sombra de Felipe II enterrada en su frío y húmedo sepulcro del Escorial: que el río de la vida no vuelve atrás, y á medida que corre se ensancha y acaudala, abriendo mas profundo echo en el seno de la tierra, y retratando con mas verdad y mas pureza el resplandor de los cielos. El mundo ofrece grandes y casi invencibles obstáculos á las nuevas transformaciones. Por todas partes les cierra el paso. Pero estas transformaciones se cumplen y se realizan cuando las impulsa la gran palanca de una idea. Y esta idea viene siempre cuando hay hombres decididos á sacrificarse, á morir por ella; viene á las innovaciones de la fé como un misterioso ángel del cielo á cernerse sobre las hogueras del martirio. Los hombres que se arrojan á defender esa nueva idea, son los primeros en morir para esta vida de un día, pero son los últimos en morir para esa otra eterna vida de la historia. Cada treinta años se agita una generación, que cautiva del Estado, encerrada en algunos palcos de tierra, orgullosa de sí misma, cree definitivo y eterno todo lo que hace, y se imagina que con declarar inviolables sus preocupaciones é infalibles sus oráculos, ni ha de borrar aquellos, ni ha de desoir á estos la eterna marejada de nuevos pensamientos que se alza hirviendo de los profundos abismos del espíritu. Como una ola pasa sobre otra ola, como brota una nueva hoja sobre la rama desnuda, como nuevas eflorescencias de astros brillan en la inmensidad de los cielos, nuevas generaciones se despiertan, y cambian la escena del mundo, y levantan altares á las ideas á que sus padres levantaban cadalsos, y convierten las víctimas de ayer en sacerdotes, y abren al soplo de nuevas ilusiones la fantasía, al amor de nuevas esperanzas el sentimiento, á la fé de nuevas ideas la inteligencia; y cada siglo le dice al siglo anterior: retírate, que me quitas el sol de la verdad; retírate, dice el cristianismo al paganismo, el paganismo y se desvanece; retiraos, dicen los bárbaros á Roma, y Roma cae; retírate, dicen los caballeros feudales armados de sus lanzas á las últimas sombras del imperio que se dibujan sobre los destrozados muros de Roma, y se van con Teodorico, y Justiniano y Carlo-Magno; retírate, dicen los reyes al feudalismo, y saltan al estallido de la pólvora los castillos; retírate, dice la filosofía á la antigua

fé desde Abelardo hasta Descartes, y la fé vuelve al cielo; retírate, dice el renacimiento á la Edad media, y sobre las vírgenes penitentes del Gioto y Fra-Angélico se levantan las vírgenes de Rafael con la sonrisa de Grecia en los labios; retírate, dicen los jurisconsultos desde las cámaras reales al poder político de los Papas, y ese poder se arruina; retírate, dice la clase media á la monarquía absoluta, y se van, como una procesion de sombras en alas del huracan revolucionario, los reyes absolutos; ¿y no hemos de decir nosotros que traemos en cumplimiento de nuestro destino una nueva idea en la inteligencia, á los sofistas, á los doctrinarios, á los neo-católicos, á todos esos gusanos que si viven ¡ay! viven de la podredumbre de una sociedad que ha muerto, retiraos, porque ya no nos inspirais ni odio ni amor, ni simpatías, ni antipatías; dejadnos trabajar respirando el aire de la vida, y recogiendo la luz que baja del cielo, dejadnos poner las últimas piedras en esta eterna obra del progreso, porque traemos nuestras espaldas agobiadas por la cúspide de la idea de la fé divina que ha de unir los cielos con la tierra?

¿Qué enseñanza ofrecen estas épocas de renovacion, de nueva vida, como los cinco siglos que acabamos de historiar! Toda gran revolucion va henchida de la idea de justicia que asciende rápida del espíritu, como toda nube va henchida del vapor que asciende de los torrentes y de los mares; todo gran revolucionario es un jurisconsulto que trabaja por su nuevo derecho, un filósofo que ilumina el mundo con una nueva idea, un redentor que tras una nueva vida, un pontífice que funda una nueva religion, un trabajador que remueve con su piqueta desde los átomos de polvo de la tierra hasta las estrellas del cielo, un sacerdote que opone al estado social presente el estado social venidero, como Xenofanes opone á la estrella patria griega la inmensidad del espíritu, y Sócrates á la voz de los oráculos la eterna voz de la conciencia humana, y Tácito al despotismo de Neron y de Domiciano la libertad germánica, y Pablo Antonio y Athanasio á la corrupcion pagana su ascetismo, sus maceraciones, y el Dante á la anarquía feudal la idea potentísima de la autoridad y del imperio, y Tomás Morus á las guerras religiosas la paz de la conciencia, y Cervantes al despotismo oscuro, triste, de la casa de Austria que iba encerrando nuestra nacion en triste sarcófago, la vida ingenua, libre, del campo, la alegría de sus pastores coronados de ramos donde brillaba el rocío, la idealidad de su héroe tan anhelante de libertad como de sacrificarse por los oprimidos, y Rousseau á la vida cortesana de Luis

XV, vida de corrupcion, de artificio, de fórmulas vanas, la expansion de la naturaleza, transmitiéndose todos unos á otros esa eterna utopia de esperanzas infinitas, de ensueños muchas veces irrealizable, pero que agrandan el espíritu y lo obligan á caminar hácia adelante, dejando detras de sí ruinas, destrozos, tablas rotas de sus altares, con las cuales se levantan los cadáveres de los redentores del género humano, que despues de darles sus ideas, le dan gozosos su propia vida para que se alimente, y crezca, y realice su derecho.

Pues bien; una de estas revoluciones hemos descrito é historiado, quizá la mas grande, la mas trascendental, la mas importante de toda la civilizacion humana, aquella en que el espíritu sintió á Dios en su seno. Si, porque el espíritu humano como el universo, es uno y vario en su vida. Por eso encontrareis en toda la humanidad las mismas ideas fundamentales, y aquí está la unidad. Pero en cada pueblo encontrareis diversas manifestaciones de estas ideas, y aquí está la variedad. Y de tal suerte es verdadera esta unidad, que en la historia universal se encuentran á un mismo tiempo en pueblos que ni se conocen, ni se tratan, necesidades análogas, unas en el fondo, diversas en la forma. Las edades principales de la historia antigua son: edad de las tribus, edad de los sacerdotes, edad de los navegantes, edad de los héroes, edad de los filósofos, edad de los conquistadores, edad de los redentores, con la cual se abren las puertas de la historia moderna y la idea de Dios entra en verdad triunfante en nuestra conciencia. Pues bien, á un mismo tiempo véreis aparecer todas estas fases de la vida por diversos pueblos. En vano todos los pueblos han querido llenar de genealogías infinitas los tiempos anti-históricos. Esas genealogías son las ondas que cubren las cimas del tiempo, como el diluvio cubriera la cima del espacio; son el caos moral que precede á la vida, como el caos material precedió á la luz. Al mismo tiempo aparece Focio en la China, Abraham en la tierra del Señor, los reyes pastores en Egipto, el pelago, tañiendo su cítara en las montañas griegas, el etrusco en Italia, el íbero en la tierra donde el sol se pone dándose las manos sin ver el punto en que se reúnen, y formando con sus religiones como una cadena invisible. Acaba esta primera edad, y se constituyen las teocracias, y son casi contemporáneos los dioses que nacen de los bosques índicos, y sus sacerdotes, los colegios sagrados de los astrónomos de Caldea, los geroglíficos escritos sobre las pirámides donde una teocracia ha guardado sus secretos, los templos célticos levantados en los espesos y oscuros bosques, piedras miliarias manchadas con

sangre, á cuyos piés se hallan los cadáveres que revelan los sacrificios humanos; tiempos que son en el génesis de la historia como los terrenos volcánicos en el génesis de la naturaleza, y forman los grandes y duros lechos á que el aluvion traerá mas tarde la tierra vegetal donde han de brotar las ideas. Si, las piezas célticas son en la historia, como las grandes montañas en el planeta la primera erupcion del espíritu. El mundo está dormido al pié de los templos; el sacerdote es rey, el pueblo esclavo, el trabajo durísimo, las pagodas inmensos abismos abiertos en las entrañas de la tierra, las estatuas montes cincelados por gigantesca manera; los elefantes, los tigres, los leones, las águilas, todos los animales que tienen gran fuerza dioses, verdadera edad de la esclavitud, de la resignacion del espíritu en la naturaleza, edad que no se transforma sino cuando el fenicio en Oriente, el cartaginés en Occidente, el pelago, marino, *pélagos*, intenta con su barca, su remo, y su lona dominar los vientos y las ondas, y demuestra el dominio del espíritu sobre la naturaleza. Entonces crece el hombre, y ya es razon que aparezcan los héroes. Y aparecen. Si, aparecen á un tiempo mismo en varias regiones. La caída de Troya resuena en toda la tierra como un golpe dado en el centro hace vibrar todo el escudo. Las antiguas dinastías se van; Ulises, la prudencia monárquica, anda errante como una sombra de lo pasado; Agamenon muere desgraciadamente; Codro es último rey de los alemanes; las grandes ciudades griegas coronadas de acantho nacen á las orillas del mar Mediterráneo, Corinto, Cuma, Nápoles, Mesina, Marsella, Rosas, Denia, como un coro de sirenas que juegan con las espumas de las olas; las repúblicas brotan como por encanto; el héroe Eneas entra en Roma, la ciudad del hombre; el héroe David en Jerusalem, la ciudad de Dios; los tártaros montados en sus caballos ligeros como las olas del huracan turban el sueño de China, y en los dos polos de la historia de este tiempo, en los dos extremos de la civilizacion, en los bosques sagrados de la India donde nacieron los dioses, y en los celestes mares de Grecia donde por vez primera sintieron los hombres la voz de su conciencia, en estas dos regiones pelean á un tiempo Rama y Aquiles, cantan unísonamente Homero y Valmiki, é inauguran una nueva edad Kapila y Pitágoras, como dos coros que sin verse mutuamente en la tierra mezclaran unísonos sus cánticos en la inmensidad de los cielos. Pero así como las ruinas de Troya indican la muerte de la edad teocrática, las ruinas de Babilonia señalan la muerte de la edad heróica, y el comienzo de la edad de los filósofos. Babilonia se

hunde en sus orgías, la ciudad de la magia, mientras surge Atenas, la ciudad de la razón. A un tiempo se extingue la voz del mago en los altares de Baal, la voz del profeta en Jerusalen, porque Edras es el último de los profetas, y la voz de los oráculos en Delfos, porque la Pitonisa depona su corona de verbena á las plantas de Sócrates. Las ideas abstractas, las ideas filosóficas, llenan los altares de los dioses, y sustituyen al culto del sentido el culto de la razón humana. Fúndanse las grandiosas escuelas, comienzan los romanos á cimentar en leyes prácticas las ideas abstractas de Grecia, y tal movimiento se deja sentir también allá en Oriente, y al calor de la idea filosófica brotan como Sócrates, como Platon, Buda en la India, Zoroastro en Persia, los profetas científicos del Cristianismo. Pero toda idea da un impulso, es decir, toda idea se convierte necesariamente en fuerza. Por eso detrás de toda idea viene una revolución. El pensamiento filosófico se hubiera perdido en los vagos aires á no venir á la fuerza de los conquistadores abriendo surcos hondísimos para sembrarlo en la tierra. Cuando la filosofía ha llegado á su síntesis universal en Aristóteles, Grecia sintetiza el mundo, permitídmela la frase, con Alejandro. Es el conquistador, no de los pueblos, sino de los espíritus; lleva sobre la frente la estrella de una idea; su espada es como una hoz de oro que no mata sino poda para que sea mas frondoso el árbol de la vida; pasa trece años en una odisea de inmortales conquistas; es mas bendecido y mas llorado por los conquistados que por sus compañeros, y cuando muere funda Alejandría, el eterno templo donde el espíritu de Oriente y de Occidente se identifican en ósculo inmortal. El águila romana me parece mas tarde la blanca alma de Alejandro que ha huido de su sepulcro, y que se cierne sobre todo un pueblo, obligándole á concluir su obra. Pero así como en la creación de la tierra todas las sustancias se disponen de suerte que no parece sino que buscan su expresión universal en el hombre, en la historia todas estas épocas se modelan de suerte que piden la aparición de un redentor. Notad todo lo que sucede cuando el redentor va á aparecer. Los profetas enmudecen, los oráculos se pierden, los dioses huyen, la filosofía reemplaza á la religión, ábrene las puertas de Oriente, los romanos con el instrumento de la guerra universal pacifican el mundo; la idea de Dios sale de Jerusalen como abandonando su patrio nido; la idea humana se transforma en Alejandro y se compenetra y confunde con la idea divina en el sincretismo neo-platónico; las ciudades magas, hechiceras, como Babilonia y Persépolis, arrojan de sí los dioses, los disipan como una nube

de incienso en sus orgías; Grecia esculpe el cuerpo del hombre como preparando la naturaleza humana á una apoteosis; Virgilio llama á las palomas del valle, á los arroyos, á las fuentes, á los floridos arbutos, á las colinas cubiertas de lirios para que presencien la renovación de la naturaleza, la primavera del espíritu; y allá en un rincón de la Judea, misterioso niño, sin mas escudo que el blanco cendal de su cuna, sin mas arma que la invisible palabra escapada de sus labios, llama en torno de sí á los pastores, á los esclavos, á la plebe tenida por vil, á todo lo que era mofa, escarnio del mundo, exalta su conciencia, les revela su espíritu, les declara iguales á los patricios por su origen, superiores por su dolor y sus desgracias, y muere en la cruz, en el ignominioso patíbulo por donde habia corrido eternamente la sangre maldecida de los esclavos; y cuando vienen los que van verdaderamente á abrirles paso en el mundo, los que con su martillo pulverizan estado, familia, propiedad, leyes, todo lo viejo, para que reciba la levadura de todo lo nuevo, aquella cruz ignominiosa es la salvación de Roma, porque en aquella cruz ha muerto la esclavitud, y á su sombra ha sentido el hombre despertarse en su seno la santa voz de su conciencia que le ha revelado su eterna y desconocida libertad. Tended los ojos por la historia, y vereis como todos los pueblos aguardan en este tiempo un redentor; Foe en China, en la India Brachma, el pastor que lleva en sus brazos la copa llena de rocío de la primera mañana del mundo; en Siria, Apolonio Thianec; en Palestina, Simon el Mago; en Egipto, Vespasiano; en Nápoles, Plotino; ilustres senadores que con sus milagros, hijos de su exaltación, embellecen y divinizan la naturaleza humana y la engrandecen fuera de sus estrechos límites, y le dan esa ardiente sed de lo infinito que solo puede calmarse en el cielo. Llamad á estos hombres embusteros, falsarios, vosotros los que pesáis los hechos históricos en la balanza de una crítica escéptica, vosotros los que medís con el ángulo de vuestro compás los dominios infinitos del espíritu humano, llamados embusteros y aún tengo el derecho de preguntaros si han derramado alguna vez en el alma vuestras frias verdades el bien, el consuelo que derramaron estas anatematizadas mentiras. El mundo pedía, pues, á grandes y repetidos clamores una verdad espiritual que lo sacara del materialismo, donde estaba sumido como el hipopótamo en su lecho de barro. Toda la historia estaba preparando tan supremo instante. La antigüedad no habia sido mas que una larga preparacion al Cristianismo. Los astrónomos dicen que ántes de formarse los astros, la materia cósmica está disemi-

nada en los cielos. Pues bien; ántes de formarse el Cristianismo, sus ideas se hallaban diseminadas en la conciencia. Cristo pronunció el *fiat*, y el astro de la nueva idea surgió formado del caos. La India habia diseminado sus gimnosofistas á las puertas mismas de Alejandría y de Jerusalem; la Persia habia llamado á la eucaristía de su mágica á todos los pueblos; los budistas predicaban la caridad á razas inmóviles y dormidas en el egoísmo; el fariseo guardaba la idea de Dios con su celo verdaderamente religioso; el saduceo llevaba las ofrendas de la civilización clásica al pié del tabernáculo; el esenio predica la maceración y el ayuno; el alejandrino encuentra la síntesis entre el helenismo y el judaísmo; el gnóstico desaloja los dioses de la naturaleza y la puebla de ángeles que traen la palabra divina en sus alas; los profetas apocalípticos anuncian que la tierra tiembla hasta en sus cimientos sacudida por una idea como la nave por el viento; los egipcios recuerdan la inmortalidad al espíritu; las escuelas de los rabinos idealizan el antiguo testamento, sus símbolos y sus leyes; los ascetas levantan lo ideal sobre lo real; y cuando todas estas grandes tempestades se cruzan en los espacios, se oye la voz aquella misteriosa que se exhala, no de un trono sino de un patíbulo; la voz doliente que redime el espíritu, y redimiendo el espíritu, redime toda la vida, el arte, la ciencia, el derecho, el sentimiento, la idea, volcando un mundo, y entre sus ruinas produciendo una nueva humanidad, á cuyos ojos se abre una horizonte infinito con aquella máxima que le dice: "no llames á ningun hombre tu dueño ni tu señor, y sé perfecto como es perfecto tu eterno padre que está en los cielos." Parece imposible que ciertas gentes hayan borrado en términos la imagen de Cristo de la conciencia humana, que sea difícil, imposible casi descubrirla. ¿Nombraré á esas gentes? De ellas puede decirse lo que decía el profeta Isaías en el verso tercero del capítulo primero de sus profecías: "*Cognovit vos possessorem suum, et asinus pressepe domini sui; Israel autem non cognovit, et populus meus non intellexit.*" Palabras del profeta, que aplicadas al caso presente, dicen: "Conoce el buey al pastor, y el asno á su dueño; y los neo-católicos que se creen los elegidos de Cristo, no conocen á Cristo." No lo conocen, no. Hace diez y nueve siglos que su palabra está encerrada en la historia, y aún no la han oído. Cuando holló la tierra, los tronos temblaron, y se estremecieron de gozo los esclavos que vivían en las cadenas. Tiberio, Neron, eran los poderosos; Cristo, Estéban, Pablo, los esclavos. Pues bien, los esclavos venían á poner la planta sobre los poderosos. Mirad la luz del

Calvario, y en verdad os digo que estais ciegos, si no veis que aquella es luz de libertad. No puede, no, sostener la tiranía el que dijo á los tiranos: "hijos sois del miedo, sombras sois del pecado." No puede sostener las castas soberbias el que dijo: "entre vosotros, el que quiera ser el primero, sea el último; y el último, sea el primero." No puede, no, sostener el cadalso y el verdugo que aún reinan en nuestra sociedad, el que demostró en su patíbulo que la muerte impuesta por un juez humano puede herir la misma justicia divina. No puede, no, sancionar el privilegio el que esclama: todos teneis un padre en la tierra, que es Adán, y un padre en el cielo que es Dios. El nos dijo: buscad á la justicia, y lo demás se os dará por añadidura: que no puede dejaros desnudo el que viste las aves del cielo, y los lirios del campo. El llamó á sí á los pobres, á los oprimidos, á todos los desheredados. Su doctrina fué la reacción del alma de los esclavos contra los Césares. Sus primeros sectarios, todos los hombres que la sociedad arrojaba de su seno. El ha obligado á diez y nueve siglos de grandeza y de luz á estar de rodillas delante de un patíbulo, que no se hubiera atrevido á mirar un patricio romano. Y no vino á matar, sino á resucitar; no vino á maldecir, sino á curar; no vino á perder, sino á salvar. ¿Le creerías santo y redentor, si en vez de mostraros el sepulcro de Lázaro vacío, y Lázaro de pié, hubiera sembrado de cadáveres su camino? Pues bien, mirad lo que hacen los soberbios que se dicen su imagen sobre la tierra. Han convertido la corona que en cada una de sus espinas mostraba una gota de sudor, en diadema de brillantes, que descompone en matices la luz de los cielos; han convertido la frágil caña de escarnio en cetro de oro para escarnecer á los hombres; la túnica de lino en manto de púrpura teñido en sangre; la hiel y vinagre en orgiástico vino; la caridad, el amor, en guerra y esterminio; en vez de resucitar cadáveres podridos como el de Lázaro, han enterrado naciones vivas como Polonia, Hungría, Italia; han nombrado su primer ministro al verdugo, y despues se han llamado imágenes, continuadores; ¡santo Dios! de aquel que no abrió sus labios sino para bendecir, que no tuvo corazón sino para amar, que habiendo creado los cielos y los astros, llamó sus hermanos, á estos gusanillos del polvo que se llaman hombres; de aquel que nació en un establo, y llamó padre á un artesano, y vivió la vida del pobre, y tuvo por apóstoles pescadores, y diseminó su doctrina entre el pueblo, cual queriendo redimir con su muerte el alma del error, y con su vida, de envilecimiento el trabajador y el trabajo. La historia del mundo, ha dicho el mas grande de

todos los filósofos modernos, es la historia de la libertad. Pues bien, señores; si la historia del mundo es la historia de la libertad, podemos decir que desde este instante supremo del Cristianismo, la emancipación es mas fácil. La humanidad desde el punto en que pasa por el Calvario pasa por la cima de su emancipación. Cada siglo rompe un eslabón de la cadena histórica, y trae en sus alas una idea nueva. Cada grande edad es como un golpe de cincel dado por un escultor invisible en esta estatua que llamamos hombre, y que va señalando con su dedo la misteriosa corriente de los hechos. En cada siglo encontrareis un lado malo, una sombra espesa; pero en cambio, cuánta luz, cuántos esfuerzos para levantar á la humanidad de su postración. Llamad á juicio todos los siglos, porque á todos tenemos derecho de juzgarlos, y os presentarán un lado oscuro, reaccionario, y un lado claro, resplandeciente; una fuerza que los paraliza, otra fuerza que los mueve; ¡maravillosa mecánica de la historia! y vereis á todos realizar una parte de la idea, que nace en este tiempo del nacimiento, del origen del Cristianismo. El siglo primero es el siglo de Tiberio y de Nerón; pero es tambien el siglo del Redentor y del imperio; el siglo en que Cristo proclama la unidad de Dios desde el Calvario, y el imperio la unidad de todos los hombres desde el Capitolio. El siglo segundo es el siglo de Domiciano y de Cómodo; pero es tambien el siglo en que los gnósticos preparan el Oriente para la nueva idea, y los apologistas el Occidente, y los estóicos sin quererlo y sin saberlo, llevan el soplo del Cristianismo de la justicia divina al derecho romano. El siglo III es el siglo de Heliogábalo, pero es el siglo en que Orígenes lleva la filosofía al Cristianismo, y Plotino el Cristianismo á la filosofía; el siglo en que la fé y la razon sin conocerse aún se abrazan como dos ángeles que se encontraran perdidos en medio de una tempestad. El siglo IV es el siglo de Juliano, de la reaccion pagana; pero como siempre que una grande reaccion se presenta, el siglo de la acción católica, del Concilio de Iliberis, de Nicea, el siglo en que el verbo penetra en la conciencia como la palabra creadora penetró en el caos en el primer día de la creación; el siglo en que si la ciudad del hombre, Roma, se arruina, se levanta la ciudad de Dios. El siglo V es el diluvio de la antigua sociedad; por los cuatro puntos del horizonte vienen Alarico seguido de los visogodos, Odoacro seguido de los ostrogodos, Jenserico seguido de los vándalos, Atila seguido de los hunnos; pero sobre aquella desolación universal se levanta el primer boceto de la personalidad humana ceñida con los resplandores del Cris-

tianismo. El siglo VI es el siglo de Leovigildo el parricida, y del martirio de Brunequilda; pero es tambien el siglo en que los bárbaros se reconcilian con la Iglesia por medio del franco Clódoveo y del godo Recaredo. El siglo VII es el siglo del envilecimiento de los godos en Toledo su nueva Bizancio; pero es tambien el siglo de la exaltación del espiritualismo católico en las razas del Norte, por medio de San Gregorio, y de la exaltación del deísmo en las razas del Mediodía, por medio de Mahoma. El siglo VIII es el siglo de Tuder y de Arnando, los grandes apóstatas; de Musa y de Tarik, los conquistadores; de Nitikuid y de Astolfo, los grandes bárbaros: pero en cambio es el siglo del renacimiento de los árabes al Mediodía por Pelayo y Carlos Martel en Poitiers y Covadonga, y del vencimiento de los sajones por Carlo-Magno y Ludovico Pio en Aquisgram y en Paderbon. El siglo IX es el siglo de Lotario el parricida, de Silo, de Mauregato, pero es el siglo del quebrantamiento del imperio árabe con la caída de los omniadas en Damasco, y del quebrantamiento del imperio cristiano con la caída de los carolingios en Paris. El siglo X es el siglo en que Othon vió palidecer el sol, y la esposa del rey Roberto adulteró con el diablo, y Almanzor, la última sombra del califato, dispersó con el sonido del atambor árabe los cristianos, y los monjes aguardaron de rodillas el sonido de la trompeta final, pero el siglo en que el hombre al verse libre de la terrible fecha del año mil creyó resucitar y se reconcilió con la naturaleza. El siglo XI es el siglo del Pontificado, el siglo en que mientras cae el califato con el último de los omniadas en Córdova, cae, y si no cae, agoniza el imperio en Maguncia, mientras Gregorio VII con la corona de todos los reyes en su frente, y el rayo del cielo en sus manos, ve la condesa Matilde ofreciéndole Toscana; David I desalojando los dioses drúidicos de Escocia; el conde Enrique presentándole como un recién-nacido Portugal: Ramiro I, Aragon; Canuto IV, Dinamarca; Boleslao II, Polonia; y hasta Alfonso VI cambiando en Toledo el rito visogodo por el rito latino para que el espíritu y la forma de la Iglesia sean universales. El siglo XII es el siglo de oro del catolicismo; el siglo de mayor florecimiento de la arquitectura gótica, de los poemas en que los héroes son los enemigos de los enemigos de la Iglesia como Roldan y como el Cid; el siglo de Godofredo de Bouillon, el rey vírgen; de las cruzadas en que un mundo á la voz del pontífice se levanta como una ola y cae sobre otro mundo; el siglo en que si Abelardo protesta, su voz estéril y mutilada como su cuerpo, se pierde en los acentos de Pedro el Ermitaño y San